

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Athenea Y. Juan Flores

“Amor que abrasa, hambre que abraza”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 70, octubre-diciembre de 2024, pp. 78-79.

ISSN: 01855727

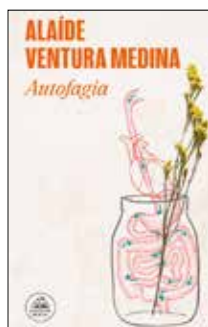
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Amor que abraza, hambre que abraza

Athenea Y. Juan Flores



Alaíde Ventura Medina, *Autofagia*, Ciudad de México, Random House, 2023, 208 pp.

Autofagia (2023) de Alaíde Ventura Medina (Xalapa, 1985) es un viaje a través de la mente difusa de la protagonista sin nombre. Ensoñaciones y recuerdos que, admite, podrían ser inventados y se desenvuelven en una babel que retrata su vida. Decidir si su confusión e incapacidad para percibir los hechos racionalmente se debe a su pasado o al constante estado de inanición al que somete a su cuerpo depende del lector. Esta obra ofrece no solo una mirada hacia el interior del caos, sino la posibilidad de vivirlo; por ello es inevitable sentirse atraído hacia este universo que está siendo construido, arrasado por las llamas y descifrado al mismo tiempo.

El pilar de la novela es un trastorno alimentario, secuela de una existencia tan carente de bienestar como abundante en infortunios. En Biología, la autofagia es un proceso en el que las células engullen y degradan el contenido intracelular dañado con el fin de protegerse para

sobrevivir. No obstante, el título no tiene intención de romantizar estas prácticas nocivas y letales tristemente comunes en la sociedad moderna. Es evidente que la enfermedad de la protagonista es una especie de mecanismo de defensa, pero se deja en claro que esta no solo altera su cuerpo, sino también su percepción de la realidad y las relaciones humanas. Los destrozos solo originan más destrozos; así, esta chica se involucra en una relación con Ana, personaje incidental en *Entre los rotos* (2019), una novela escrita en primera persona que a partir de fotografías relata una historia de violencia intrafamiliar y da cuenta de los estragos psicoemocionales en sus víctimas.

Las protagonistas de *Autofagia* y *Entre los rotos* pertenecen al mismo universo y comparten similitudes importantes: un trasfondo familiar turbulento, trastornos de la conducta alimentaria y la incapacidad de establecer lazos sentimentales sanos. Quien conozca la obra de Alaíde Ventura sabe que los incendios seducen con su belleza, irradian peligro y consumen todo a su paso; de ahí que sean la metáfora perfecta para describir las relaciones familiares y románticas tóxicas. Tras una quemadura, rehuir del fuego es una reacción instintiva, pero en ocasiones este resulta tan fascinante para los seres humanos como lo es la luz para las polillas; “lo que nos atrae puede ser lo mismo que nos destruya”, se declara en *Autofagia*. Ana, con sus ojos oceánicos y cigarros que dejan ceniza volcánica, es una llamarada cautivadora y fatal. Su catastrófico romance con la protagonista se convierte en un “laberinto de espejos infinito” ya que no solo comparten la cama, sino también un régimen autoimpuesto por una obsesión con el peso, la forma del cuerpo y la comida que moldea sus vidas de manera distinta.

Podría parecer que el pun-

to focal de la novela es la relación entre la protagonista y Ana. No obstante, *Autofagia* posee una complejidad que se revela página a página. Las apariencias son engañosas; esta obra no es la excepción. El noviazgo de estas “hormigas condenadas al incendio” es tan solo el detonante de la trama. La desigualdad a distintos niveles, incluido el socioeconómico, entre ellas solo aumenta cuando la protagonista, en una búsqueda de aceptación, comienza a interpretar un papel ideado para presentarle a su pareja un recuento de su vida. Puesto que la información es poder, Ana quien, por el contrario, es un misterio lo tiene todo a su favor.

El personaje principal huyó a la ciudad cargando en sus maletas a los fantasmas que intentó enterrar en su pueblo; por esta razón “necesita a Ana para escapar de sí misma. Necesita su abrazo, aunque se parezca a la asfixia”. Stephen Chbosky afirmó que aceptamos el amor que creemos merecer; es natural que ambas sean víctimas y victimarias en un voraz amor de dulzura esporádica, pasión que es un constante juego de dominio y tendencias de autodestrucción que refuerzan y destruyen su vínculo en igual medida. Arden juntas hasta que la combustión deviene en un estallido porque “el aire era corto, como era corta la paciencia, y estaba lleno de humo”.

La voz narrativa en tercera persona no es completamente omnisciente. En distintas ocasiones especula sobre los hechos e “intuye el entorno por probabilidades”. Esto la convierte en cómplice de los lectores, pues es también una simple acompañante que intenta ordenar algunos de los pensamientos de la protagonista mientras ella evoca su nebulosa infancia e intrincada vida presente. Involucrarnos en sus procesos mentales nos permite conocerla y comprender sus motivaciones dentro de los es-

pacios que, de tan ordinarios, nos hacen sentir cercanos al mundo ficticio en el que habita.

En su decálogo, Horacio Quiroga apunta que es inútil adherir múltiples colas de color a un sustantivo débil pues de hallarse el preciso, él mismo tendrá un color incomparable; este es uno de los atributos de la prosa de Alaíde Ventura. Valiéndose de algunos sustantivos y adjetivos certeros crea frases breves, mas no efímeras, ofreciendo así una percepción del mundo que trasciende las páginas de la novela; a través de ellas reafirmamos que las palabras escritas poseen la capacidad de volverse corpóreas para encajarse en el lector y robarle el aliento. Los enunciados poderosos que emergen de la pluma de la autora vuelven necesario cerrar el libro, esa puerta al mundo de tristes, nostálgicos y soñadores del que habló Vargas Llosa para tener un momento de introspección.

Las descripciones tan detalladas como puntuales encienden los sentidos de quien lee. Nos permiten meternos en la piel de la protagonista para vivir sus sensaciones y percibir los mismos olores, sonidos e imágenes que ella. Los lectores también nos deslizamos a través de tuberías oscuras; naufragamos en el océano tormentoso en los peores días, soleado en los mejores que es su relación con Ana; sufrimos con su abandono y quedamos al borde del abismo completamente desorientados, sin propósito; desenterramos recuerdos terribles en medio del delirio de los sueños febriles y, al cerrar el libro, tenemos la sensación de haber sobrevivido a una travesía emocional, devorándonos a nosotros mismos en el proceso. **LPyH**

Athenea Y. Juan Flores es estudiante de Lengua Inglesa en la UV. Participante de Criba Laboratorio de ensayo literario y del XVI Curso de Creación Literaria para Jóvenes de la FLM.

Al lado de las mujeres

Alejandra Zuccolotto



Christine Bard, *Mi género de historia*, Ricardo Rubio (trad.), México, UV, col. Feminismos, 2023, 149 pp.

En vísperas del 8M, se observan, sobre todo en redes sociales, diversas reflexiones acerca del movimiento feminista, dando la oportunidad de cuestionar y modificar los distintos caminos que este ha tomado. Asimismo, se presenta la ocasión de dialogar sobre los nuevos títulos que ofrecen las editoriales, cada vez más interesadas en abrir un espacio a trabajos especializados mediante la creación de nuevas colecciones. Tal es el caso de la Editorial de la Universidad Veracruzana, que publicó su segundo título de la colección Feminismos: *Mi género de historia*.

Se trata de una entrevista realizada por Jean-Marie Durand a Christine Bard, destacada historiadora francesa. En ella, a partir de su trayecto como feminista y sus aportes al movimiento, Bard construye un análisis en torno al feminismo francés de los siglos XX y XXI. Dentro de las críticas que hace, una de sus primeras consideraciones es la de cuestio-

narse desde dónde se habla, pues permite situarnos dentro de un contexto. En relación con lo anterior, es preciso decir que para Bard, todo el trabajo realizado, los conocimientos que ha acumulado y su experiencia en la investigación, le permiten ubicarse en un feminismo francés reactivo a movimientos similares extraeuropeos. Al respecto, señala la “absoluta necesidad de espacializar las movilizaciones feministas, sin dejar de considerar las relaciones de fuerza geopolíticas” (25), a través de la difusión de autoras interesadas en difundir trabajos desde otros horizontes, como Latinoamérica, el Caribe, incluso la propia periferia francesa.

Durante la entrevista es notable cómo la historiadora evalúa en retrospectiva su trabajo, ante la necesidad de modificar y redefinir sus ideas y concepciones, pues estas evolucionan al igual que la historia del feminismo, la cual, en palabras de la autora, lo hace en función de las tendencias del periodo en curso. Ahora, se busca dar lugar a aquellos movimientos dentro del feminismo que abandonan ese universalismo que ignora cuestiones de género, clase, origen y raza. Bard menciona cómo tal vez de manera inconsciente trató con delicadeza a aquellas feministas tan atacadas, ignorando su participación en la colonización y el sentimiento de superioridad racial y civilizatorio con el que justificaban sus acciones filantrópicas respecto a mujeres “indígenas”. Reconocer estas violencias permite adoptar una visión desde la interseccionalidad, desafiando la idea de que el movimiento está integrado por un grupo homogéneo de mujeres igualmente oprimido por una estructura de poder.

Respecto a esto último, Bard analiza el tema del antife-